

CAPÍTULO IV.

Del gran poder del glorioso Señor San José

EL reino del cielo está dispuesto con mas justicia y armonía que los reinos de la tierra.

Sobre la tierra vemos muy á menudo que los malos mandan y dominan con imperio. Nuestro Señor dá al demonio el nombre terrible de *príncipe de este mundo*: porque en efecto, el pecado de nuestro primer padre y todos nuestros pecados personales, nos han sometido á su perversa dominación. Este

hijos de las mujeres, no ha aparecido otro mayor que Juan Bautista; mas el que es menor en el reino de los cielos es mayor que él. *Amen dico vobis: Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista; qui autem minor est in regno coelorum, major est illo.* (Math., XI). O con poca diferencia, según San Lucas: «En verdad os digo: Entre los hijos de las mujeres no hay ningún Profeta mayor . . . que Juan Bautista; mas el que es menor en el reino de Dios es mayor . . . que él. *Amen dico vobis: Major inter natos mulierum propheta Joanne Baptista nemo est; qui autem minor est in regno Dei, major est illo.*» (Luc., VII). Sin embargo, esta doble cita no parece contradecir ni destruir la afirmación que hemos sentado.

En efecto, débese notar que es imposible tomar estas palabras sagradas con toda la *generalidad* que pa-

príncipe del mundo comunica á aquellos que se le entregan, haciéndose malos como él, algo de su injusto y tiránico poder; y así no es de maravillar si vemos muchas veces á los hombres llenos de abominables pecados ejercer una grande y altísima autoridad, mientras que los hombres virtuosos, los grandes santos son desconocidos y perseguidos, muy lejos poseer ningún poder sobre la sociedad que les rodea.

recen presentar á primera vista. Nuestro Señor no exceptúa á *nadie*: mas parece probable que se deben exceptuar á los Apóstoles, cuyo ministerio parece mas perfecto quizá que el de Juan Bautista; y de hecho, muchos comentadores los exceptúan. A lo menos, sin hablar de Señor San José, debe exceptuarse á la Santísima Virgen, que sin duda ninguna, es muy superior á Juan Bautista en santidad y en gracia. ¿Cómo, pues, sustraerse á la *universidad* de la afirmación propuesta?

Algunos, siguiendo las huellas de San Jerónimo, dicen que no se trata aquí sino de los santos del Antiguo Testamento, de los Profetas, con los cuales compara nuestro Señor á Juan Bautista, y con los cuales compara nuestro Señor á Juan Bautista, y con los cuales la multitud de los judíos ignorante aun de los misterios del Nuevo Testamento, debían naturalmente compararle. Esta razón se encuentra confirmada por la cita de Malaquías que precede, y que prueba

Mas *en el cielo* sucede de otra manera. El cielo es el reino de Dios, y por consiguiente, el reino de todos los que son de Dios por su santidad y virtudes. En el cielo no son ya los malos los que dominan, sino los buenos: y si algún santo se acerca mas á Dios por la posesión de una gracia mas eminente, debe ver, y en efecto, ve su poder hacerse mas universal y mas semejante á la soberana autoridad con que Dios gobierna los mundos.

Esta sola consideración nos basta para juzgar del gran poder de Señor San José, en la

cómo nuestro Señor habla aquí de los profetas de la Antigua Alianza. Los que se adhieren á esta explicación, se sirven de ella para exceptuar á los Apóstoles y á la Santísima Virgen, como perteneciendo al Nuevo Testamento: nosotros nos serviremos también de ella para exceptuar á Señor San José, que habiendo vivido durante tantos años en la sociedad familiar de nuestro Señor y de la Santísima Virgen, puede, con mucho derecho, ser contado entre los santos del Nuevo Testamento, aun cuando haya muerto antes de la Pasión de nuestro Señor y de la promulgación de la Nueva Alianza.

Tal vez podría decirse que nuestro Señor habla aquí de los santos conocidos y brillantes por decirlo así, con los cuales podían comparar á Juan Bautista. ¿Por qué pues, había de querer revelar antes de tiempo á las multitudes ignorantes de los judíos, un Santo

Iglesia que comienza en medio del universo el reino celestial. José como acabamos de verlo, es el mas grande de todos los santos de la antigua y de la nueva Alianza; y su santidad se eleva sobre todo lo que nuestra débil inteligencia puede comprender: así, pues, debe estar revestido de un inmenso poder, superior al que conviene á los otros santos.

Busquemos en la historia de José, hijo de Jacob, las *figuras* de la admirable dominación espiritual que reserva á su Padre, Jesucristo nuestro Señor.

cuyas prerrogativas eminentes, y cuyo gran poder debían todavía permanecer en la sombra durante muchos siglos? Nuestro Señor se coloca en el punto de vista de los judíos, y habla de los santos ilustres cuyos nombres están grabados en su memoria. Lo que lo confirma es no solamente el contexto de las frases que preceden, sino también la palabra de que se sirve San Mateo: *Surrexit*; ninguno *se ha levantado* sobre el horizonte de la historia. San Lucas dice mas explícitamente todavía: *Major Propheta Joann Baptistista nemo est*. No se trata de saber si hay quizá algunos santos ocultos que superen en santidad á Juan Bautista; todo lo que nuestro Señor afirma es que no hay *mas grande Profeta*, lo cual no hemos negado nunca.

Por lo demás, parece que es preciso adoptar una ú otra de estas dos explicaciones que son muy semejan-

Desde su juventud vió el hijo de Jacob, en sueños, los prodigios de sus futuras grandezas. Dirigiéndose á sus hermanos, les dice: «Escuchad el sueño que he tenido: Creía yo estar con vosotros en un campo, en donde nos ocupábamos en atar las gavillas, y parecíame que la mía se levantaba y permanecía derecha, mientras que las vuestras adoraban á la mía, colocándose á su alderredor.» (1) Esta adoración significaba indudablemente el gran respeto de los otros santos para con San José, que los supera, como el antiguo José

tes, porque parece imposible creer que San Juan Bautista exceda en gracia á Señor San José. Puesto que todas las gracias de los santos les vienen á causa de su unión con el Verbo Encarnado, José debe ser mucho mas santo que el Precursor; porque en lugar de escuchar solamente por un poco de tiempo en su primera infancia la voz de la Santísima Virgen María, José la oyó muchas veces; y muchas también escuchó al mismo Jesús en las más íntimas y dulces conversaciones. Del mismo modo, si Juan Bautista tuvo la gran felicidad de bautizar una vez al Mesías en las aguas del Jordán, este acto aislado de superioridad no es de ninguna manera comparable con la superioridad constante y natural que ejerció tanto tiempo Señor San José, como Custodio y Protector de Jesucristo.

(1) Gen., XXXVII.

superaba en méritos y en virtudes á sus otros hermanos. Y no debemos admirarnos por esta palabra: «adorar, *adorare*» porque según la costumbre de la Santa Escritura, se entiende sin dificultad del culto de amor y de respeto que es permitido y ordenado tributar á las criaturas cuando son dignas de él por su autoridad ó sus virtudes.

Mas véamos unas palabras mas explícitas, en las cuales reconozcamos todavía la supremacía de nuestro glorioso Patriarca. El hijo

Parece pues, en resúmen, que la palabra de nuestro Señor no es contraria á la conclusión que hemos sentado, y que nada nos impide considerar á José como el hombre mas favorecido de la gracia divina y el mas eminente en santidad.

Y no obstante, decimos todas estas cosas, *salvo semper meliori judicio*. Es nuestra opinión la que exponemos, y nada más: y así es como se deben entender los diversos pasajes en donde damos á Señor San José el primer lugar entre los santos.

(F. Suarez, 3ª part., q. 29, disp. 8, sect. I, mira como probable que San José supera en gracia y en gloria á los Apóstoles y á Juan Bautista; porque su oficio es superior al de ellos. En efecto, mas es ser Padre y Guía de Jesucristo, que el ser su heraldo y precursor. *Ita Cornelius a Lapide, in cap. I. S. Math.*—Suarez es considerado generalmente como uno de los mas grandes teólogos de la Iglesia).

de Raquel refiere á su padre y á sus hermanos otro sueño:

«He visto, dice, en sueños, como si el sol, la luna y once estrellas me adorasen.» (1) En este rasgo no tenemos ya necesidad de reflexiones ni de interpretaciones razonadas; pues la profecía es bastante clara para herir nuestras miradas al instante mismo. Las once estrellas son los santos, que muestran al Padre de Jesucristo un gran respeto: porque los santos, según San Pablo, son designados por las estrellas, (2) cuya claridad brillante y pura simboliza su gracia. En cuanto al sol y á la luna, representan á Jesucristo y á María, estos dos astros soberanos del firmamento de la Iglesia; Jesucristo, á quien la liturgia llama el Sol de justicia; y María, á quien la Escritura compara con la luna. Únense uno y otro á los bienaventurados y á los ángeles, para manifestar á Señor San José un gran respeto, y para realizar plenamente en su favor, lo que no había visto el antiguo José, privado de su madre, la dulce Raquel, mucho tiempo antes de ser exaltado á la corte de Faraón, y por consiguiente, antes de ver

(1) Gen., XXXVII.

(2) I. Cor., XV.

á su padre y sus hermanos inclinarse con respeto en su presencia.

Los sueños enviados por el Señor, son profecías cumplidas siempre inevitablemente. El porvenir justifica pues del todo estas revelaciones misteriosas que José había recibido tocante á su futura grandeza.

Los madianitas le venden á Putifar, príncipe del ejército de Faraón. Parece que en medio de los egipcios, *que detestaban á los pastores de ovejas*, (1) el pastor José no debía encontrar mas que repulsas y continuos sufrimientos: mas al contrario, apenas permaneció algún tiempo en la casa de Putifar, cuando éste, no contento con tratarle con dulzura, hace de él su intendente principal y le confía la administración de todos sus bienes. *Præpositus omnibus, gubernabat creditam sibi domum, et universa quæ ei tradita fuerant.* (2) Un poco mas tarde, José fué puesto en prisión por una acusación calumniosa: parece que esta circunstancia junta á su caracter de extranjero, debía hacerle enteramente sospechoso al gobernador de la prisión y obligarle á la mas severa vigilancia. Mas no fué así:

(1) Gen., XLVI.

(2) Gen., XXXIX.

este oficial fué amigo de José; y en lugar de dejarlo encerrado en algún oscuro reducto, hácele jefe de todos los prisioneros y pone en sus manos la administración de toda la casa: y Dios es quien por su poder invisible obra este cambio en el corazón del egipcio: *Fuit autem Dominus cum Joseph; et misertus illius, dedit ei gratiam in conspectu principis carceris: qui tradidit in manu illius universos vinctos, qui in custodia tenebantur; et quidquid fiebat sub ipso erat.* (1) Finalmente, esa confianza extraordinaria no es mas que el preludio de una exaltación mucho mas admirable todavía. Seducido Faraón por la sabiduría del joven hebreo, hácele su primer ministro y jefe de todo su pueblo, y confíale los mas altos poderes: *Ecce constitui te super universam terram Ægypti.* A estas palabras ya tan significativas, añade Faraón otras todavía mas solemnes y mas graves. Dice con énfasis: *Ego sum Pharao: absque tuo imperio, non movebit quisquam manum aut pedem in omni terra Ægypti.* (2) En toda la tierra de Egipto, no es ya permitido á nadie mover el pie ó la mano sin las órdenes de José.

(1) Gen., XXXIX.

(2) Gen., XLI.

Si el antiguo José mereció por sus virtudes tanto poder sobre la tierra, en un tiempo en que la flaqueza de los hombres no siendo sostenida aun por la gracia del Evangelo, exigía recompensas temporales: ¿qué poder no deberá tener ahora en el cielo el nuevo José, adornado de perfecciones incomparablemente mas sublimes, y habiendo venido en los tiempos mas felices, en que la oscuridad durante esta vida asegura á la virtud un gran poder después de la muerte? Pero entremos todavía más en los detalles de la tercera exaltación del hijo de Jacob, mas gloriosa que las dos que la preceden.

Faraón no se contenta con las palabras aunque tan enérgicas como acabamos de referir: sino que á fin de hacer mas impresión en el espíritu de sus súbditos, juntando á sus órdenes toda la pompa de un magnífico espectáculo, y también para figurar mejor la gloria del José de la Nueva Alianza, decreta al hijo de Jacob todos los honores del triunfo mas espléndido. Parece despojarse de las insignias de su poder á fin de revestir con él á este ministro que debe en adelante reemplazarle enteramente en la administración de su imperio. Saca de su propia mano el anillo, con el cual sin duda sellaba los edictos mas

graves, y lo pone en el dedo de José: en lugar de sus vestidos vulgares, manda que lo vistan con un espléndido traje de seda; y en lugar de las cadenas de la prisión le pone al cuello un collar de oro. Finalmente, hácele subir en el carro mas hermoso después de aquel de que se sirve él mismo, y un heraldo marcha por delante del triunfador, mandando á todos los egipcios que se arrodillaran en su presencia. *Tulitque annulum de manu sua, et dedit eum in manum ejus; vestivitque eum stola byssina, et collo torquem aureum circumposuit. Fecitque eum ascendere super currum suum secundum, clamante præcone, ut omnes coram eo genuflecterent, et præpositum esse scirent universæ terræ Ægypti.* (1)

Según la versión Caldea y según algunos intérpretes, la profecía sería mas esplicita aún; porque la palabra que la Vulgata ha traducido por «*genuflecterent*,» clamante præcone ut genuflecterent, no sería una palabra hebrea sino una palabra egipcia insertada textualmente en la narración del Génesis. Esta palabra: *Abrech*, según la versión Caldea y los intérpretes de que hablamos, significa, «Pa-

(1) Gen. XLI.

dre del Rey:» *Pater regis.* (1) Y José merecía bien este título puesto que iba á salvar del hambre y de la muerte á todo el Egipto sometido al gobierno de Faraón.

Como quiera que sea de este detalle que no nos es necesario, al leer este triunfo del hijo de Jacob, ¿no parece que contemplamos realizado cerca de veinte siglos antes, el triunfo del nuevo José, de aquel á quién Jesucristo, Rey Supremo, no se avergüenza de tener por padre; á quién encarga el firmar los rescriptos por los cuales nos confiere sus gracias, de aquel á quién adorna con las mas eminentes prerrogativas, y á quién quiere vernos honrar como á sí mismo, reservándole debajo de su trono y del trono de María el primer lugar? Que se nos permita pues, aplicar á su augusta persona las místicas interpretaciones de San Ambrosio: «¿Qué significa el anillo puesto en el dedo, sino que su fidelidad ha recibido el pontificado, de suerte que puede en lo de adelante firmar las órdenes? ¿Qué quiere decir este traje, vestido de sabiduría, sino que el gran Rey le ha dado el principado de la celestial prudencia? El collar de oro parece designar una firme inteligencia: el carro

(1) Vide *Cornelium a Lapide, in Gen., XLI.*

significa la cumbre sublime de los méritos.» (1)

¿No es á este gran poder del hijo de Jacob al que hace alusión la Iglesia en sus Oficios, cuando para celebrar la fiesta del 19 de Marzo, emplea esta frase que parece tener en singular estima: *Constituít eum dominum domus suæ, et principem omnis possessionis suæ?* «Lo ha establecido señor de su casa, y príncipe de todas sus posesiones?» ¿No es su designio atraer especialmente nuestra atención sobre estas palabras que repite por tres veces: en las primeras Vísperas, en el primer nocturno de Maitines y en el breve responso de Tercia? ¿No es un pensamiento muy semejante el que dicta la antífona del *Magnificat* en las segundas Vísperas: «Hé aquí al siervo fiel y prudente á quien el Señor ha establecido sobre su familia:» *Ecce fidelis servus et prudens, quem constituít Dominus super familiam suam?* Y en efecto, ¿no es Señor San José un *siervo* á la vez *prudente y fiel*, dotado al mismo tiempo de inteligencia y de buena voluntad, á quien el Señor ha establecido sobre todas las naciones cristianas que constituyen su *familia*? ¿No es Señor San José el *Príncipe* que tiene derecho al respeto y á la

(1) Lib. de Joseph., cap. VII.

obediencia de todas las posesiones de Dios, es decir, de todas las almas que Dios posee por su gracia? Finalmente, ¿no es Señor San José un Amo á quien debe reverenciar con una continua obediencia esta Iglesia, en donde Jesucristo vive como en una *casa* que se ha construido? Todas estas expresiones convienen á Señor San José, aunque sin llegar á manifestar enteramente la grandeza de su poder.

Antes de dejar el Antiguo Testamento, fijémonos en una circunstancia muy notable de la historia que nos ha conservado el Génesis.

No hay duda que los poderes del hijo de Jacob son universales, y se extienden sin excepción sobre toda la tierra de Egipto; mas sin embargo, el objeto principal de su poder, es el *trigo*, que está encargado de distribuir á los pueblos de Faraón durante los siete años estériles que seguirán á los siete años fecundos. José no descuida ninguno de los numerosos deberes de su cargo; pero se dedica de preferencia al mas imperioso de todos, al deber de guardar aparte *el trigo* sobrante durante los años fecundos; y de mandar distribuir *el trigo* durante los años estériles. Bajo este caracter, aun cuando estuviera aislado de todos los demás, ¿quién no reconocería al instante á nuestro José?

¿No es Jesucristo el verdadero *trigo*, que debe ser alimento de nuestras almas, y que debe producir en ellas un vigor semejante al que el pan material mantiene en nuestro cuerpo? ¿No se oculta Jesucristo bajo las apariencias de este *trigo* que el sacerdote consagra en nuestros altares antes de distribuirlo á los fieles como un alimento celestial, prenda de la felicidad futura? Y si se necesitan los testimonios explícitos de la Santa Escritura para justificar una comparación tan manifiesta, ¿no tenemos las palabras de nuestro Señor mismo? ¿No dice, hablando de su Persona, sagrada: *A menos que el grano de trigo no sea muerto, cayendo en la tierra permanece solo; mas si llega á morir produce mucho fruto?* (1) En fin, ¿no dice mas claramente aun: *Yo soy el Pan de vida: Yo soy el Pan vivo bajado del cielo?* (2) Veamos pues, en el poder del hijo de Jacob sobre todo el *trigo* de Egipto, la *figura* de un poder análogo, pero infinitamente mas grandioso, de San José, sobre la Persona adorable de Jesucristo, alimento celestial de nuestras almas, y sostén de nuestra vida según el espíritu.

(1) Joan., XII.

(2) Joan., VI.

Nosotros también, privados ahora por la falta de Adán, de la divina gracia, hemos conocido la abundancia antes de conocer la miseria; y el recuerdo de nuestras riquezas pasadas, hace mas punzante el dolor de nuestra indigencia presente. No es solamente á una pequeña parte de la familia humana á quien atormenta esta *hambre* terrible causada por la pérdida de los dones divinos: hoy día, como en los tiempos de Jacob, el *hambre* se extiende sobre toda la tierra: *In universo orbe fames prævaluit.* (1) Y como en los tiempos de Jacob, esta hambre tan dolorosa en lugar de disminuir parece aumentarse á cada instante: *Crescebat autem quotidie fames in omni terra;* (2) porque nuestra *naturaleza*, herida por el golpe funesto del pecado, ve todos los días salir de esta llaga siempre abierta, nuevas miserias mas espantosas. ¿Qué haremos en medio de nuestra urgente necesidad? ¿Cómo saciaremos esta hambre que nos devora? ¿En dónde buscaremos, en dónde pediremos, en dónde concentraremos alimentos?

Seguiremos el ejemplo que nos han dado el

(1) Gen., XLI.

(2) Gen., XLI.

Egipto y todas las comarcas cercanas. Faraón decía á sus pueblos: Id á José: *Ite ad Joseph;* «y haced, sin excepción, todo lo que os diga:» *Et quidquid ipse vobis dixerit, facite.* (1) Nosotros tomaremos estas palabras como salidas de la boca del mismo Jesucristo; y nos conformaremos á esta orden, exponiendo á Señor San José la grande necesidad que nos estrecha, y la gran falta que tenemos de este alimento celestial cuya plena dispensación ha recibido.

«¡Oh José! le diremos, considerad nuestra miseria. Nosotros nos hemos dirigido á Jesucristo para pedirle el alimento; pero en lugar de escuchar directamente nuestra súplica, nos envía á vos, á fin de que seamos consolados y salvados por vos. Despachad nuestra petición, y no seais menos liberal que el José de los tiempos antiguos. Bien podríamos buscar en otra parte esos alimentos mentirosos que engañan el hambre del hombre sin darle un alimento verdadero. Mas tendremos cuidado de no caer en tan triste extravío. Lo que necesitamos no es un alimento que es inútil y aun enteramente perjudicial al vigor de nuestras almas: sino el alimento de la gracia,

(1) Gen., XLI,

el que vos teneis reservado, y que se distribuye por vuestras manos; en una palabra, es Jesucristo. Concedednos, pues, nuestra petición, puesto que vos sois el ministro universal y que solo vos podeis escucharnos. Que lleguemos á hacernos ricos por vuestra generosa liberalidad, y que podamos de hoy en adelante invitar á todas las naciones, á todos nuestros amigos y hermanos, á que vengan á enriquecerse cerca de vos.»

Mas ya es tiempo de buscar en la plena luz del Nuevo testamento, la confirmación de las verdades que nos revelan las *figuras* y las *sombras* de los antiguos días. Si traemos á la memoria un solo instante los hechos que nos atestiguan la tradición católica, fácilmente comprenderemos cómo Señor San José debe poseer el poder de prestar á sus clientes un apoyo universal.

Para establecer esta verdad ¿no será bastante considerar que José ha recibido el derecho de *mandar* á María, y el derecho de *mandar* á Jesucristo?

El devoto San Bernardo llamaba á María *la Omnipotencia suplicante*: y en efecto, la Santísima Virgen obtiene todo lo que sus súplicas imploran de la misericordia divina. Para ser escuchada en sus peticiones basta